

HOY PERMÍTEME HABLARTE DE "ESPERANZA":

Litúrgicamente la fiesta de la Esperanza se celebra en el tiempo de Adviento, el dieciocho de Diciembre día de la Expectación de Nuestra Señora, fiesta que se celebra con amor y devoción en esta Parroquia a las plantas benditas de Nuestra Madre. Es esta una celebración mariana de profunda raigambre española. Hasta el S. VII, la Iglesia en nuestro país no celebraba más que una fiesta de la Virgen, pero era esta una fiesta que abarcaba a todas las demás: la Maternidad Divina o fiesta de Santa María, que se puede apreciar en antiguos calendarios de rito visigótico mozárabe.

En el año 656, en el celebra Concilio de Toledo, los Padres allí reunidos trataron con gran solemnidad esta cuestión. Toman Parte en ella tres grandes santos: San Eugenio, San Fructuoso de Braga y San Ildefonso. El Concilio dictaminó un decreto, por el que para dar mayor solemnidad a la fiesta mariana de la maternidad de María, esta se trasladara al día octavo antes de la Natividad del Señor, sacando así la fiesta de la Virgen del tiempo de cuaresma, de todas formas se mantenía el recuerdo del día de la Encarnación, como lo celebraba la Iglesia de Roma; pero, a partir de aquel momento la fiesta de la Virgen siete días antes de Navidad tomo una gran fuerza en el pueblo español.

María viene a preparar el camino al Señor, Ella lo espera con inefable amor de Madre y nos enseña a todos cómo acoger en nuestros corazones al Salvador de los hombres. Ya embarazada, tras la anunciación, la vida de María es gozosa expectación ante el parto. En esta mujer gestante los cristianos hemos visto un modelo insuperable de esperanza, que se mantuvo constante y firme a lo largo de toda su existencia.

Entre las virtudes que dejan más profunda huella en el ánimo humano, que de modo más manifiesto influyen sobre la vida y el obrar de los hombres, está la virtud cristiana, teologal, de la esperanza. Un mismo hombre, en efecto, según viva bajo el hálito de la esperanza o yazca bajo el peso de la desesperación, se nos presenta –y es de verdad – como un gigante o como un pigmeo. La verdad, es que el hombre no puede vivir sin esperanza. La esperanza es la llamada del Creador, principio y fin de nuestra vida, al cual ninguna criatura humana puede escapar; es la voz del Redentor que desea ardientemente la salvación de todos los hombres.

Esperanza es virtud divina en el corazón del hombre, por la que como un ancla nos agarramos firmemente a la fe en los momentos de dificultad.

Esperanza es un motivo para seguir viviendo, confiando en las promesas de Dios que siempre se cumplen y que nos deben de comprometer en la construcción de su Reino.

Esperanza es nombre de mujer morena, morena de Nazaret, mujer con una mirada profunda y serena capaz de comprender los planes del Creador. Esperanza eres Tú, María, desde el día que aceptaste el anuncio del arcángel Gabriel, porque...

Esperanza, ocho letras,
que son nombre de mujer.
Esperanza, es un estado
del alma que es buena y fiel.

Esperanza es sostén,
de la vida que va tirando
y que nos va inclinando
hacia Él que es el Sumo Bien.

Esperanza, Madre mía,
que creíste a Gabriel
y esperaste en Yahvé,
nueve meses día a día.

Esperanza de alegría
en la dicha de Belén
y alumbrada en un Bebé
que consuela el alma mía.

Esperanza dura y fría:
en el Templo Simeón
te profetizó un dolor
que tu pecho rasgaría.

Esperanza de María,
huyendo juntos a Egipto,
por el loco veredicto,
de Herodes que os persiguió.

Esperanza en Nazaret,
trabajado sin descanso,

el pan se cuece con sudor
en el horno, mientras tanto.

Esperanza dilatada
en la muerte de José,
lágrimas son derramadas
por el hombre que se fue.

Esperanza y recuerdos
en la marcha de Jesús.
Se aleja de ti la luz,
y el Evangelio se proclama,
aún arde en tu pecho una llama,
aunque se acerca la cruz.

Esperanza el Viernes Santo
al escuchar la condena,
fidelidad mientras tanto,
aunque te ahogue la pena.

Esperanza en el Calvario
roto de Amor su corazón.
Lo pones en un sudario
y consumes con Él tu pasión.

Esperanza, esperanza, esperanza,
en la mañana del domingo.
En tu alma hay un respingo
y en tu corazón alegría.
¡Cristo ha resucitado!
¡La muerte ha derrotado!
Cumplida es ya tu esperanza.
Cumplida Santa María.

LA TARDE DEL VIERNES SANTO:

El Viernes Santo, La Línea amanece luctosa y penitente por la muerte del Salvador, pero en el barrio de San Bernardo, el sol brilla de forma especial, y sus gentes dirigen sus pasos presurosos para visitar a sus mejores

vecinos: Jesús del Amor y su Bendita Madre: la Esperanza. Esta tarde bajarán hasta el centro para hacer estación de penitencia ante la Patrona de la Ciudad y es costumbre visitarlos y orar antes ellos, para depositar en sus pies una súplica confiada, una oración de acción de gracias, un Padre nuestro o un Ave María, antes de que, por unas horas, se alejen de su feligresía, aunque bien saben que será todo el barrio el que bajará con ellos.

La Línea el Viernes Santo amanece buscando la Esperanza, porque Ella, la mantiene en pie, aún más allá de la muerte. La Línea espera inquieta ese momento soñado y esperado, que por obra y arte de la Semana Santa de esta tierra, cada año podemos revivir aunque siempre con sentimientos distintos: tener a la Esperanza por sus calles. Sentir un torrente verde que desde San Bernardo inunda la Ciudad.

Ha pasado un año: paso el mes de mayo de comuniones y cruces de mayo, de flores a María, Rocío y Romería de la Peregrina, junio con San Juan y sus candelas que inauguran el verano, julio carmelitano y marinero en la Atunara ; agosto de playas y baños y de la Asunción de María, septiembre con la Natividad de María y la Salud que bendice a sus gentes allá por San Pedro, así como el Triunfo de la Santa Cruz del Dios del Amor. Y de nuevo octubre del Santo Rosario. Noviembre con el recuerdo de los que se marcharon y con los que llenos de esperanza, en la resurrección un día, esperamos encontrarnos. Diciembre comenzó celeste puro e inmaculado a los pies de la Patrona y de la Concepción en San Pío X y estalló en luz y alegría ante el nacimiento del Redentor. Enero de Reyes que adoran al Dios verdadero y niños ilusionados, pero también de vuelta a la realidad de cada día. Febrero carnavalero de papelillos, bromas y disfraces. Marzo de Viacrucis penitenciales y el tradicional besapié del Cautivo, el Señor de La Línea, en un cortejo ininterrumpido de linenses que peregrinan hasta Santiago y de nuevo sin darnos cuenta Miércoles de Ceniza que nos introduce en la Santa Cuaresma: Conversión y penitencia para mejor amar a Dios y al hermano, pero también, trabajo, ilusión y esfuerzo en la hermandades y cofradías que se afanan en sus cultos cuaresmales, en ensayos y reparto de papeletas de sitio y se preparan para su anual estación de penitencia.

Barullo y gentío alrededor del Hospital y de la casa Hermandad de la Esperanza, nerviosismo contenido y una gran responsabilidad al ser custodios del Amor y la Esperanza. Cuando todo parece perdido, el Amor

triumfa sobre la muerte y María nos enseña a no perder la Esperanza...

Tres golpes de llamador sonarán en el corazón de los presentes y al cielo el Stmo. Cristo del Amor tiene sed de almas, sed de nuestra conversión y arrepentimiento, para darnos su perdón y su misericordia, para llenarnos del amor de su corazón que aun late por nosotros; a sus pies María Magdalena, de la que Jesús expulso siete demonios, contempla llorosa los últimos momentos del Maestro.

En la calle lo espera su pueblo que entre rezos y saetas para abandonarse entre los brazos abiertos del Cristo del Amor. Lento y solemne el Señor avanza por entre las casas de sus vecinos a sonos de marchas y entre rezos y oraciones. El cortejo seguirá saliendo tras el Señor, ellos son los heraldos de la Reina de la Esperanza, que espera su salida para cobijarnos a todos bajo su manto, para darnos sus manos, para llorar con nosotros, pero sobre todo para darnos su Esperanza.

De nuevo suena el llamador, Tú paso se alzaré suavemente mecido por ángeles y querubines de esta tierra y todo se inundará de un verde resplandeciente que quiere llenar de esperanza la oscuridad del Calvario junto a la cruz de tu hijo.

Sonos de marchas acompañan a lo lejos a tu Divino Hijo, cuando de repente la marcha real te recibirá como cada Viernes Santo. Sales triunfante haciéndonos tocar el cielo a todos los que a tu lado nos encontramos. Te dispones a iniciar tu camino hacía el Templo Patronal, para encontrarte como cada año, con tu pueblo, con el alma de La Línea, te dispones a seguir al Fruto Bendito de tu vientre, Aquel que anunciaba el amor y el perdón de Dios y que se enfrentaba al mal y la injusticia, Aquel que daba la vida: que hacía ver a los ciegos, oír a los sordos y andar a los cojos, Aquel que saco del sepulcro a Lázaro, a la hija del centurión y al hijo de la viuda de Naim... daba la vida y ahora la está perdiendo por redimirnos del pecado y la muerte.

Revuelo hay por cielos
que musitan Dios te salve,
sobre el azul infinito
de los celestes encajes,

por los cielos de La Línea,
donde más gloria no cabe.
En esta tierra bendita,
“pa” la mejor de la Madres,
elevemos hoy nuestras voces
y cantemos “Dios te salve”,
en un rosario de plegarias
que en San Bernardo no caben.

Dios te Salve mi Esperanza,
Reina de tierras y mares,
Madre del pueblo linense,
que en tu palio navegante,
te proclama Capitana,
de los mares celestiales.
Costaleros angelicales,
serán hoy tus marineros
y Almirante de tu armada,
siempre el Amor de los cielos.

Comencemos la singladura,
en tu palio marinero:
Las olas, bien, trabajadas
serán los respiraderos.
Álcense las bambalinas
como velas hasta el cielo,
como mástiles de plata
doce varales yo quiero.

¡Que se leven ya las anclas!
¡Vamos con Ella al cielo!
Que la brisa marinera,
quiere besar su pelo.

Las pавanas, por levante,
saludan a tu velero:
“Dios te Salve, Capitana,
Madre del Amor más inmenso.”

Las torres de tu Parroquia,
salvas, lanzan al cielo,
saludando a nuestra Reina,
la del océano inmenso.
Y en el hospital, las banderas,
son de La Línea, su pañuelo,
que te saluda Esperanza,
hondeando allá en su vuelo.

Volaores por levante,
saltan a tu lado airosos,
y los barcos te saludan
y se miran en tus ojos.
El levante con respeto
te ciñe de la cintura
y balancea tu barco,
en celestial singladura.

Ya navega tu crucero.
El mar se encuentra en bonanza,
que en La Línea, marineros
hoy navega su Esperanza.

CANTEMOS AL AMOR DE LOS AMORES:

Recuerdo que era una víspera de Corpus, en una abarrotada parroquia de San Bernardo, el Padre Agustín Borrel, se disponía a bendecir la nueva

imagen del Stmo. Cristo del Amor, obra del imaginero sevillano, D. Manuel Hernández León, entre el público asistente y casi en la puerta de entrada se encontraba, entonces un joven de 17 años, el cura, que hoy os habla.

Señor del Amor, Dios del Amor más grande, te reconozco presente en el Sagrario: tú presencia es real y misteriosa. Habiéndonos amado Señor, nos amaste hasta el extremo, hasta dar la vida por nosotros en el madero de la cruz. Pero antes de consumir tu sacrificio redentor, antes de luchar contra el pecado y la muerte y derrotarlos, quisiste quedarte entre nosotros de una manera muy especial: nos adelantaste, sacramentalmente, los dones de tu Cuerpo y tu Sangre, que nos ibas a entregar al día siguiente en el Calvario. A partir de ese momento no te ibas, te quedabas aún más presente entre nosotros para ser nuestro alimento, nuestro compañero de camino, para poder morar en nuestras almas...

En los últimos momentos de su vida terrena, tiene sed, el que había convertido el agua en vino en Caná de Galilea; Él que pidiendo agua a la Samaritana, le había ofrecido un agua con la que nunca más tendría sed. La sed de Jesús crucificado, con ser cierta, no es sólo material. Es una sed más profunda: El Señor del Amor, desde la cruz, tiene sed de almas.

Jesús tiene sed de nuestra fe, de la fe de los hombres y mujeres que apenas le conocen y no pueden decirle como la mujer samaritana: «Señor, dame esa agua...» El Señor no quiere que desperdiciemos ni una gota de su sangre, que no perdamos ni un ápice de su misericordia, de su amor y que convirtiendo a Él nuestros corazones, nos salvemos y no pongamos en peligro nuestra salvación, con nuestra tibieza o indiferencia.

Un soldado le acerca una caña empapada en vinagre. Acerquémosle nosotros a Jesús el agua de nuestra fe comprometida y viva: “Señor creo en Ti y te amo.” Nuestro arrepentimiento por nuestros pecados. Nuestro amor al prójimo. Nuestro deseo de evangelizar y que otros muchos conozcan el santo nombre de Jesús, en quien, solo encontramos nuestra salvación. Señor del Amor, que siempre tengamos sed de Ti.